

La batalla de Berlín por Joseph Goebbels

La prensa inglesa ha llamado "Batalla de Berlín" a la serie de ataques terroristas contra la capital del Reich, que continúa desde hace tres meses sólo con pausas ocasionales." No han dejado ninguna duda de que la intención de la dirección de guerra británica es destruir la capital del Reich con estos ataques brutales y horribles, o como ellos mismos dicen, despoblarla, aplastar la moral de guerra de su población, y ganar así en el frente interno alemán la victoria decisiva que nuestros soldados combatientes han negado a los angloamericanos hasta ahora en esta guerra en el frente, y que nuestros soldados seguirán negándoles en el futuro. No hay nadie en Berlín que no lo sepa, ni tampoco nadie que no esté firmemente decidido a resistir a estas intenciones terroristas del enemigo con toda la fuerza de su alma y su corazón inquebrantable, haciendo fracasar así el plan del enemigo mediante un gran esfuerzo común de heroísmo. Cuando hoy discutimos este tema fuera de los círculos de la población berlinesa, es porque implica mucho más que los intereses directos de la población de Berlín. Desde mediados de noviembre del año pasado, Berlín libra una batalla defensiva en nombre de todo el pueblo alemán. La capital del Reich representa la causa del Reich en un punto decisivo y en un momento decisivo.

Hoy todavía no está claro qué significa eso para la ciudad y su futuro. Es sabido que las metrópolis suelen ocupar un lugar poco envidiable en el pensamiento de la gente. Son las sedes del gobierno y, por tanto, de la burocracia. Son fuente de normas, reglamentos y leyes fiscales, cosas que por regla general causan más pena que alegría a los ciudadanos. La situación de la capital del Reich se ve dificultada por el hecho de que aún es joven y ha alcanzado su tarea histórica en una fase tardía de su desarrollo. Y el temperamento de su población sólo puede ser comprendido y apreciado por alguien que lo ha aprendido estando allí durante muchos años, alguien que junto a sus innegables debilidades ha aprendido también sus valores y virtudes más elevados. Berlín es más un crisol de culturas que una ciudad que haya crecido de forma organizada. Además de los berlineses originales, de los que los propios berlineses dicen que están tan diseminados que casi son criaturas raras, reclutó a su población de todas las ocupaciones, clases y tribus del Reich. Berlín posee una enorme fuerza de atracción que siempre une a las masas humanas que afluyen a ella

desde cualquier parte del país, absorbiéndolas en la enorme estructura de esta ciudad de millones de habitantes. No tiene, por tanto, patriotismo local, sino mucho más orgullo de ciudad.

Uno realmente no sabe por qué se desarrolló la leyenda, y no sólo con el enemigo sino también entre ciertas partes de nuestro propio pueblo, de que Berlín es especialmente sensible a las amenazas exteriores debido a su colorida y desordenada población. Las partes del Reich que ya habían sufrido los bombardeos terroristas del enemigo temían, por tanto, que llegara el día en que la capital del Reich tuviera que soportar la gran prueba. Nosotros mismos, los berlineses, seguros de nuestra propia fuerza y dureza, estábamos convencidos de que la prueba sólo podían darla los hechos. La capital del Reich ha tenido en los últimos tres meses más oportunidades de las que quisiera para hacerlo. No muchas ciudades del Reich han pasado por las mismas pruebas en esta guerra, y Berlín no necesita avergonzarse ante ninguna de ellas. Su población se ha enfrentado al terror aéreo enemigo con una valentía que merece la mayor admiración. Nadie en ninguna parte del Reich lo discute, y también en el extranjero, siempre que se haya mantenido una perspectiva exacta y objetiva, no faltan los elogios y la admiración. La capital del Reich ha superado su gran prueba de guerra.

Naturalmente, sería inútil negar que el enemigo ha causado graves heridas con su terror brutal y horrible. Hasta ahora nos hemos abstenido de responder a sus jactanciosos relatos sobre la guerra aérea, cuyo cinismo apenas puede superarse. Ya habrá tiempo para ello cuando volvamos a estar en pie de igualdad. El júbilo en Londres será más modesto tras la implacable respuesta alemana, que permitirá de nuevo una discusión basada en hechos. Incluso hoy, la Luftwaffe alemana está respondiendo con contraataques masivos que crecen gradualmente, pero éstos son sólo un anticipo de lo que aún está por venir. En cualquier caso, podemos estar satisfechos de que la capital alemana haya permanecido inquebrantable bajo la carga de los ataques enemigos. La capital británica tendrá la oportunidad de proporcionar la misma prueba.

En Berlín, como en todas las demás ciudades alemanas afectadas por el terror aéreo enemigo, hemos aprendido a simplificar nuestras vidas, volviendo a un estilo de guerra primitivo que nos ha arrebatado muchos de los placeres de la vida cotidiana. Ahora marchamos con una mochila más ligera. Junto con las demás poblaciones de otros distritos alemanes afectados por el intenso terror aéreo enemigo, hemos

aprendido a prescindir de algunas cosas que todavía se dan por sentadas en aquellas partes del Reich que se han salvado. Sería una exageración decir que ha sido fácil para nosotros. A una ciudad le duele profundamente ver partes significativas de sus viviendas, sus monumentos artísticos y culturales, sus iglesias, teatros y museos, reducidos a hollín y cenizas. Aun así, es soportable cuando la libertad de la nación y el mantenimiento de la sustancia vital de un pueblo lo exigen. No deseamos hacer de ello una cuestión de patetismo patriótico. Soportamos las duras exigencias que nos impone el destino de la nación no con entusiasmo encendido, sino con una resistencia amarga que siempre da fuerzas para superar los golpes más duros y pesados, oponiéndoles una fuerza espiritual que se eleva por encima de toda duda.

Eso es decisivo. Una gran ciudad se gana su prestigio no sólo por sus viviendas, edificios y monumentos, sino sobre todo por su gente. A pesar de la antigua opinión generalizada, Berlín es algo más que un desierto de asfalto o una colección de grandes edificios de apartamentos. En su densa población viven más de cuatro millones de personas laboriosas y decentes. Puede que sean conocidos en todo el Reich por su visión fría e incluso escéptica de los problemas de la vida, pero detrás de todo ello late un corazón grande y valiente, capaz de superar cualquier peligro. Los berlineses han dado pruebas más que suficientes de ello durante las difíciles semanas pasadas, demostrando al pueblo alemán sin decirlo que su ciudad no es indigna de albergar entre sus muros la dirección del Reich, proporcionando así la gran fuerza motriz de nuestra política nacional y dirección de guerra.

Todo el pueblo alemán ha seguido con expectación e intensidad la llamada Batalla de Berlín durante estas últimas semanas. Podemos asegurar que la batalla acabará bien. La capital del Reich sufrirá probablemente nuevos golpes. Habrá aún más heridas, cicatrices y lágrimas en su rostro. Sus ciudadanos se unirán aún más y aprenderán a lidiar con condiciones aún más primitivas.

Pero Berlín no perecerá. El corazón de esta ciudad nunca ha latido con tanta fuerza como en las noches de los intensos bombardeos, cuando, por así decirlo, los berlineses se limpian la sangre de los ojos y se ponen a trabajar con amargo desafío. Hay maravillas de trabajo, una espléndida organización y una asombrosa capacidad de improvisación. La ciudad es una verdadera comunidad socialista y la solidaridad de todos ayuda a superar algunas dificultades que, de otro modo, podrían convertirse fácilmente en imposibles. Incluso en los momentos más críticos, nunca he encomendado a esta ciudad, a su población, a su partido o a sus oficinas

gubernamentales una tarea que no se resolviera con la velocidad del rayo. Los berlineses no se rinden ante las desgracias enviadas por su enemigo lleno de odio, sino que reúnen todas sus fuerzas contra ellas y las vencen siempre.

La intención de la dirección de guerra angloamericana es sin duda persuadir a gran parte del pueblo alemán mediante el terror aéreo, haciéndolo maduro para la mentira y la hipócrita propaganda divisionista. Es casi una sangrienta ironía que al mismo tiempo que deja caer cantidades inimaginables de bombas explosivas e incendiarias sobre secciones residenciales densamente pobladas de nuestras grandes ciudades, también hace llover gruesas pilas de folletos hipócritas. Al parecer, cree que nuestros hombres y mujeres que lo han perdido todo con este método de guerra cobarde y totalmente antimilitar se sentarán en el resplandor de sus hogares en llamas y tal vez junto a los cadáveres de sus hijos inocentes para leer estos folletos sin valor, dejándose decir lo que deben pensar sobre la guerra por parte de todos, la corrupta plutocracia británica. Así es como los criminales dirigentes ingleses se imaginan al pueblo alemán. Utilizaron tales métodos para subordinar a los pueblos coloniales y saquearlos para sus fines capitalistas. Ahora quieren evitar la gran batalla que más temen.

Cuando nuestra población civil hace todo lo posible por resistir, está desempeñando un papel activo y directo en la guerra mayor. Son atacados de forma no militar, pero se defienden militarmente. Su alta moral en esta batalla despiadada es un factor decisivo, tal vez el decisivo, de la guerra. De ella proceden todas las demás fuerzas y virtudes necesarias para dominar el desastre. Si tienen éxito, su fuerza y determinación aumentan. El hierro sólo se endurece a golpes de martillo.

Nuestro pueblo tiene una gran tarea que cumplir en esta generación. Debe reparar muchos pecados y fallos del pasado para crear una base futura indestructible para nuestra vida nacional. Nunca antes en nuestra historia la misión histórica del Reich alemán ha estado tan concentrada como en los años que van desde 1914 hasta hoy. Es la gran época que nos llama a todos. No hay vuelta atrás, no hay excusas. Lo que hagamos o dejemos de hacer nunca podrá deshacerse, ni para bien ni para mal. Somos responsables de la época histórica más decisiva de nuestro pueblo. La forma en que la resolvamos determinará si nos ganamos las bendiciones o las maldiciones futuras de nuestros hijos y nietos.

Mientras el cielo de Berlín comienza a ensangrentarse en las noches de fuertes ataques terroristas enemigos, todos pensamos con dolor y amargura en la enorme

cantidad de dolor y pena que vuelve a descender sobre miles de nuestros conciudadanos.

No queda nada por hacer para ayudarles a soportar la carga de la desgracia. Incluso durante el ataque, una enorme organización comienza a moverse y, en pocas horas, sus resultados son visibles en todas partes. El trabajo duro y concienzudo se une al fanatismo apasionado y a la rabia amarga para conseguir siempre nuevos logros importantes.

¡Qué podría lograr la dirección de la ciudad si no contara con el apoyo de toda la población, que apoya sus medidas con un comportamiento de soldado, dando impulso y fuerza a la labor de restaurar nuestra vida herida! Así fue siempre y en todas partes cuando el enemigo cayó sobre nuestras ciudades con fuego y conflagración y la población tuvo que ayudarse a sí misma para defender su existencia. Berlín se encuentra ahora en medio de esas ciudades marcadas por el dolor y el orgulloso desafío. No quiere ser más que las demás. Sólo quiere demostrar que detrás de las grandes palabras que en el pasado no siempre la hicieron querida, también hay grandes hechos cuando es necesario. ¡Qué desprecio tendrían ciudades como Hamburgo, Essen o Colonia por la capital del Reich si nos pesasen en la balanza y nos encontrasen o fuesen a encontrar en falta!

Da que pensar a todo el mundo, no sólo a esas ciudades. El escudo de armas de la capital del Reich lleva hoy la corona de laurel de la gloria militar que nunca se desvanecerá. Allí donde en estas semanas caigan muros y se derrumben edificios, surgirá de las ruinas un Nuevo Berlín, y cada ladrillo será testigo del valor heroico de una ciudad que permaneció inquebrantable, que nunca vaciló, a pesar de los golpes más duros.